

20 AÑOS DEL CONCILIO Compartir litúrgico de la riqueza bíblica

JEAN PIERRE WYSSENBACH

Estamos recordando los 20 años del Concilio Vaticano II. Como una fuente que sigue manando agua de vida. A pesar de quienes pretenden cegarla.

Los dos primeros esquemas discutidos entonces por los obispos fueron el de Liturgia y el de Biblia. ¿Seguimos encontrando en ellos elementos inspiradores?

LA LITURGIA

La Constitución sobre la Liturgia nos habla de adaptación y participación.

Adaptación al tiempo

“Este Concilio se propone adaptar mejor a nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio” (Sacrosanctum Concilium 1). “La liturgia consta de una parte que es inmutable, por ser de institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden y aun deben variar” (S.C. 21). “Simplifíquense los ritos, conservándose con cuidado la sustancia; suprimánsese aquellas cosas menos útiles que con el correr del tiempo se han duplicado o añadido; restablézcanse, en cambio, de acuerdo con la primitiva norma de los Santos Padres, algunas cosas que han desaparecido a causa del tiempo” (S.C. 50).

Varias reformas litúrgicas habían precedido y preparado el Vaticano II. La renovación litúrgica de los monasterios benedictinos desde el siglo XIX. La labor de los grandes teólogos liturgistas del siglo XX (Guardini, Jungmann, Casel). La encíclica *Mediator Dei* de Pío XII. La introducción de la lengua vulgar en muchas partes de los sacramentos. Las misas vespertinas. La mitigación del ayuno eucarístico. El renacimiento del canto religioso y del arte. La renovación de la liturgia de la Semana Santa. La recuperación del sentido comunitario en la misa.

El Concilio se inscribe en esa línea de fidelidad dinámica, flexible, no rígida ni repetitiva. No caprichosa ni arbitraria. Sino orientada siempre por la voluntad de Jesucristo. E inspirada en las mejores tradiciones, no del siglo pasado, sino de los Santos Padres.

Adaptación a los pueblos

“La Iglesia no pretende imponer una rígida uniformidad en aquellos que

no afecta a la fe o al bien de toda la comunidad, ni siquiera en la liturgia; por el contrario, respeta y promueve el genio y las cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos. Estudia con simpatía y, si puede, conserva íntegro lo que en las costumbres de los pueblos encuentra” (S.C. 37). Los obispos distinguieron perfectamente entre fe y cultura. La fe se expresa a través de culturas distintas. Y no es católico imponer a un asiático una cultura europea. “No debemos permitir de ningún modo que pueda hablarse jamás de colonialismo litúrgico”, había dicho el cardenal Lercaro. Los obispos optaron por una unidad flexible frente a una uniformidad rígida.

Adaptación a los fieles

“Los ritos deben resplandecer con una noble sencillez; deben ser claros, breves, evitando las repeticiones inútiles; adaptados a la capacidad de los fieles, y, en general, no deben tener necesidad de muchas explicaciones” (S.C. 34). En lo posible, los obispos quieren facilitar a los fieles el contacto directo con Dios, sin necesidad de especialistas.

Lengua hablada por la gente

“Como el uso de la lengua vulgar es muy útil para el pueblo en no pocas ocasiones, tanto en la misa como en la administración de los sacramentos y en otras partes de la liturgia se le podrá dar mayor cabida” (S.C. 36). “En las misas celebradas con asistencia del pueblo puede darse el lugar debido a la lengua vernácula, principalmente en las lecturas y en la ‘oración común’, y, según las circunstancias del lugar, también en las partes que corresponden al pueblo” (S.C. 54). “En la administración de los sacramentos y sacramentales se puede usar la lengua vernácula” (S.C. 63).

Ya el 24 de octubre de 1962 había planteado en el aula el Patriarca de Antioquía, Máximos IV, hablando en francés, aun estando mandado que se hablase en latín: “Me parece que el valor casi absoluto que se quiere dar al latín en la liturgia, en la enseñanza y en la administración de la Iglesia latina, representa para la Iglesia oriental algo muy anormal. Porque, en resumidas cuentas, Cristo habló el lenguaje de sus contemporáneos. Fue en la lengua com-

prendida por todos sus oyentes, el arameo, como ofreció el primer sacrificio eucarístico. Los apóstoles y los discípulos hicieron lo mismo. Jamás se les hubiera ocurrido la idea de que, en una asamblea cristiana, el celebrante pudiera leer la Escritura, o cantar los salmos, o predicar, o partir el pan utilizando otra lengua que la de la asamblea. San Pablo nos llega a decir explícitamente: “Si tú no bendices más que con el espíritu (es decir, hablando una lengua incomprendida), ¿cómo aquél que está en las filas de los no iniciados responderá ‘amén’ a tu acción de gracias si no sabe lo que dices? Tu acción de gracias, es cierto, es excelente, pero el otro no queda edificado con ella... En la asamblea prefiero decir cinco palabras con mi inteligencia, para instruir también a los otros, que diez mil en lengua (incomprendida)” (1 Cor 14,16-19). Además, la Iglesia romana empleó también, por lo menos hasta la mitad del siglo III, en su liturgia, el griego, porque ésta era la lengua hablada por sus fieles de entonces. Y si en esta fecha empezó a abandonar el griego para utilizar el latín, es precisamente porque el latín había venido a ser, entre tanto, la lengua hablada por sus fieles. ¿Por qué tiene que cesar hoy de aplicar el mismo principio?” (MARTIN DES-CALZO, José Luis: *Un periodista en el concilio*. PPC. Madrid 1963. pgs. 139-140). En el año 879 el Papa Juan VI autoriza a los santos Cirilo y Metodio para celebrar la liturgia en lengua eslava. En el siglo XIV hay concesiones a favor de las lenguas turca, albanesa, griega y armenia. Fue la actitud de los reformadores del siglo XVI, desterrando el latín de los ritos litúrgicos, la que llevó al Concilio de Trento a mantenerlo. Por eso quienes hoy en día piensan ser más tradicionales porque quieren mantener el latín, como lo hacen Monseñor Lefevre y otros, están conservando una costumbre de los últimos siglos, en contradicción con los orígenes. Son poco tradicionales.

Cantos populares

“Que en cualquier acción sagrada con canto, toda la comunidad de los fieles pueda aportar la participación activa que le corresponde” (S.C. 114). “Foméntese con empeño el canto reli-

gioso popular, de modo que en los ejercicios piadosos y sagrados y en las mismas acciones litúrgicas resuenen las voces de los fieles" (S.C. 118). La liturgia no es fundamentalmente un espectáculo, sino una acción participada. De ahí que el ideal es la participación de todos en los cantos, y no que una minoría dé un concierto para que lo oigan los demás.

Otros instrumentos

"Téngase en gran estima el órgano de tubos. En el culto divino se pueden admitir otros instrumentos" (S.C. 120). Se recobra aquí la desbordante riqueza del salmo 150: "Alaben a Dios en su templo tocando trompetas, con arpas y cítaras, con tambores y danzas, con trompas y flautas, con platillos sonoros vibrantes". No hay ya instrumentos "sagrados" y "profanos". Los obispos reconocen aquí la legitimidad de alabar al Señor con todos los instrumentos que pueda usar el pueblo.

Participación

Junto con la adaptación, es uno de los aportes más inspiradores de la Constitución sobre liturgia. "Los pastores de almas deben vigilar para que en la acción litúrgica no sólo se observen las leyes relativas a la celebración válida y lícita, sino también para que los fieles participen en ella consciente, activa y fructuosamente" (S.C. 11). "Hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo" (S.C. 14). "La Iglesia procura que los cristianos no asistan a la eucaristía como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada" (S.C. 48). "Al edificar los templos, procúrese con diligencia que sean aptos para la celebración de las acciones litúrgicas y para conseguir la participación activa de los fieles" (S.C. 124). Claro que se puede malinterpretar la palabra participación. Sería una burla llamar participación a que el pueblo tenga que decir amén a los que viven de la polftica. Por eso entendemos que la participación de que hablan los obispos en el Vaticano II tiene toda la riqueza y seriedad del término.

Oración de los fieles

"Que con la participación del pueblo se hagan súplicas por los que sufren cualquier necesidad, por todos los hombres y por la salvación del mundo entero" (S.C. 53). Los libros de oraciones editados después del Concilio tenían la

finalidad pedagógica de facilitar y preparar esa oración del pueblo.

Biblia completa

"En las celebraciones sagradas debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas" (S.C. 35). "Que se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura" (S.C. 51). Estas recomendaciones de los obispos se iban a traducir en el nuevo sistema de lecturas que casi ha quintuplicado los pasajes de la Sagrada Escritura que se leen en la liturgia de los domingos. Aparte del enriquecimiento que ha supuesto las lecturas diversas para las misas de todos los días del año.

No clasismo

"No se hará acepción alguna de personas o de clases sociales ni en las ceremonias ni en el ornato externo" (S.C. 32). Había sido una de las primeras intervenciones aplaudidas del Concilio, la del obispo de Canarias el 27 de octubre de 1962. Dijo que era necesario que la Iglesia practique la justicia social en las ceremonias y celebraciones litúrgicas, suprimiendo cuanto huele a riqueza o a clasismo. Jesús vino para evangelizar a los pobres y eligió a pobres para esta evangelización.

LA BIBLIA

Pasamos ahora a la Constitución sobre la Divina Revelación, "Dei Verbum" (D.V.). Tardó dos años más que la de Liturgia en ser aprobada por el

Concilio.

El movimiento bíblico renovador venía desde el siglo pasado. Ya en 1893, el papa León XIII, en su encíclica *Providentissimus Deus* había tenido una actitud matizada frente a los desarrollos de la crítica bíblica en el siglo XIX. Con el papa S. Pío X triunfa la reacción antimodernista, expresada en 1907 en el decreto *Lamentabili* y en la encíclica *Pascendi*. La situación va a cambiar radicalmente en el pontificado de Pío XII, cuya encíclica *Divino afflante Spiritu*, de 1943, va a señalar el mayor impulso dado a los estudios bíblicos católicos en los últimos tiempos.

El esquema previo "De las dos fuentes de la revelación", entregado en 1962 a los obispos por la Comisión Teológica de la Curia romana, va a encontrar la mayor oposición en el aula conciliar. Ya el primer día, entre los 11 cardenales que pidieron la palabra, se destacaba una neta mayoría en contra plenamente del esquema (ALONSO SCHOKEL, Luis y otros: *Comentarios a la constitución Dei Verbum sobre la divina revelación*. La Editorial Católica. Madrid 1969. pg. 8). El 20 de noviembre de 1962, 822 padres conciliares aceptaban el esquema como base de discusión, mientras que 1.368 lo rechazaban aun como base de discusión. La mayoría era del 62 por ciento, pero no alcanzaba los dos tercios exigidos por el reglamento del concilio para exigir una reelaboración del esquema. Tuvo que intervenir el papa Juan XXIII suspendiendo la discusión del esquema y encargando su reelaboración a una comisión mixta, en

En el lenguaje del pueblo



la que incluyó al Secretariado para la unión de los cristianos. El nuevo esquema fue enriquecido con unos 3 mil aportes de los obispos el 63, fue discutido en octubre del 64, y por fin aprobado el 18 de noviembre de 1965.

¿Qué elementos inspiradores podemos destacar todavía en él?

Revelación de una persona, en palabras y gestos

Frente a quienes convertían prácticamente la revelación en una comunicación de verdades, el Vaticano II nos habla de una manifestación de Dios como persona. "Por esta revelación Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía" (D.V. 2). "Este plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas" (D.V. 2). Frente al permanente peligro de idealismo, esta interconexión de palabras y gestos es fuente de realismo.

Fe como entrega

Frente a quienes reducen la fe a un catálogo de afirmaciones, el Concilio subraya la dimensión integral de la fe. "Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El" (D.V. 5).

Unión de Tradición, Escritura y Magisterio

"El Magisterio vivo de la Iglesia no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca la que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer. La sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, están entrelazados y unidos de tal forma que no tienen consistencia el uno sin los otros, y que juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la sal-

vación de las almas" (D.V. 10). Frente a quienes intentaban absolutizar alguna de estas realidades, el Vaticano II nos inculca la necesidad de mantenerlas íntimamente interrelacionadas.

El autor inspirado

"En la redacción de los libros sagrados Dios eligió a hombres, que utilizó usando de sus propias facultades y medios, de forma que, obrando El en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y sólo lo que El quería" (D.V. 11). El autor inspirado no aparece aquí como un instrumento mecánico o esclavo sin personalidad en manos de Dios. Dios respeta profundamente toda su personalidad. La inspiración de Dios no será la negación, la alienación, sino el completo respeto de la personalidad del hombre.

Una verdad para nuestra salvación

"Los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación" (D.V. 11). El Concilio nos recuerda aquí que a la Sagrada Escritura no vamos a buscar pequeñas verdades culturales, sino la gran verdad de nuestra salvación, de nuestra plenitud, del sentido de nuestra vida.

Formas distintas de escribir

"Para descubrir la intención de los hagiógrafos, entre otras cosas hay que atender a los géneros literarios, puesto que la verdad se propone y se expresa ya de maneras diversas en los textos de diverso género: históricos, proféticos, poéticos o en otras formas de hablar" (D.V. 12). La constitución Dei Verbum recoge aquí la solución profunda que ya en 1943 recordaba Pío XII para tantos problemas de interpretación bíblica que habían preocupado a los católicos entre los siglos XIX y XX. Todo es verdad en la Sagrada Escritura. Pero no todo es historia. Ni ciencia. Son testimonios de fe comprometida, vertida en diversos moldes literarios, que es fundamental conocer bien.

Importancia del Antiguo Testamento

"Los libros del Antiguo Testamento manifiestan a todos el conocimiento de Dios y del hombre, y las formas de obrar de Dios justo y misericordioso con los hombres, según la condición del género humano en los tiempos que precedieron a la salvación establecida por Cristo. Estos libros, aunque contengan

también algunas cosas imperfectas y adaptadas a sus tiempos, demuestran, sin embargo, la verdadera pedagogía divina" (D.V. 15). Muchas personas se sorprenden ante la discriminación frente a las mujeres, la poligamia, las órdenes de exterminio, la opresión de las autoridades reales que aparecen en estos libros. El Concilio nos recuerda juntamente el gran valor del Antiguo Testamento, sus limitaciones, y lo que supone de adaptación a la situación de un pueblo que avanza hacia la salvación.

Evangelios adaptados

"Los apóstoles ciertamente después de la Ascensión del Señor predicaron a sus oyentes lo que El había dicho y obrado, con aquella crecida inteligencia de que ellos gozaban, amaestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad. Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias" (D.V. 19). No tenemos en los Evangelios una transmisión mecánica de lo que sucedió, sino una tradición viva, enriquecida por la fe en la Resurrección, y adaptada a la situación de las comunidades cristianas.

Animo a los dedicados a los estudios bíblicos

"El sagrado Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos a que aprendan el sublime conocimiento de Jesucristo con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. 'Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo' (San Jerónimo). No olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable el diálogo entre Dios y el hombre; porque 'a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas' (San Ambrosio). Quedan atrás los tiempos en los que el papa Clemente XI condenaba en la Constitución dogmática Unigenitus, del 8 de septiembre de 1713, algunas propuestas de Pascasio Quesnel, tales como: 'La lectura de la Sagrada Escritura es para todos' y 'Arrebatarse de las manos de los cristianos el Nuevo Testamento o tenérselo cerrado, quitándoles el modo de entenderlo, es cerrarles la boca de Cristo'".

CONCLUSION

Vamos a celebrar 20 años desde el comienzo del Concilio Vaticano II. Hemos recorrido mucho camino desde entonces. Pero todavía nos falta mucho